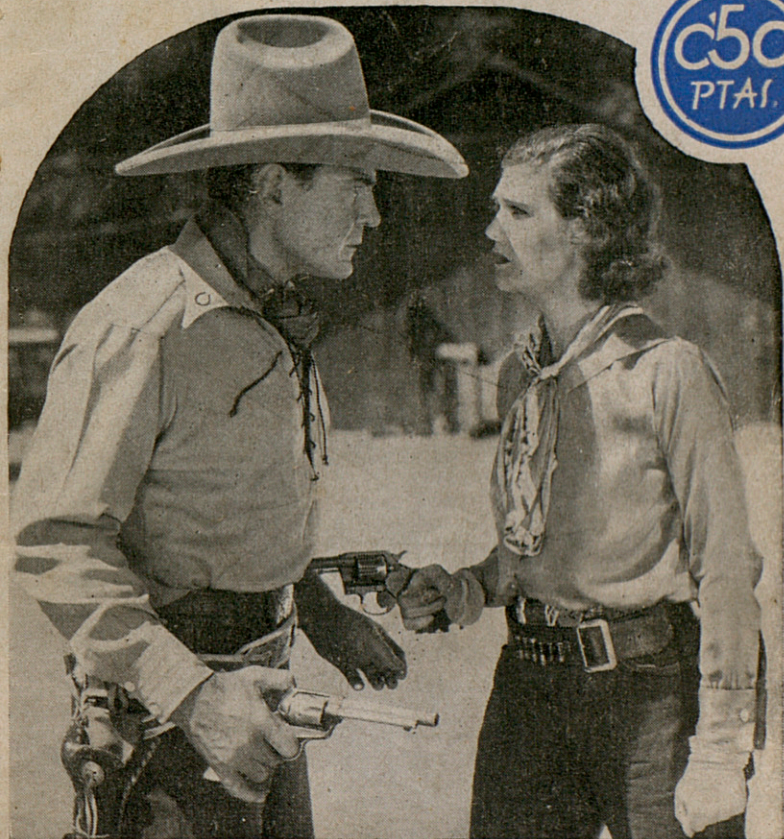


PUBLICACIONES *Cinema*

X

c50
PTAS.



Buck Jones
en
Exterminio

IVORY-HANDLED GUNS
1935

EXTERMINIO

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

BUCK JONES
CHARLOTTE WYNTERS

DIRIGIDA POR

Ray Taylor



PELICULA UNIVERSAL

DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

EXTERMINIO

Sobre las fangosas calles de la lejana ciudad en pleno Estado de Texas, chapotean las ágiles patas de camperos caballos, que al cerrazón de la noche, se aventuran, llevados por sus jinetes, a través de esta turbulenta ciudad, en la que la pistola es la ley.

Un pequeño farol, mal deja leer un letrero que cuelga, grande e insinuante, sobre las paredes de una casa de madera: «Saloon» dice, y hace sonreír a los hombres y huir temerosas a las escasas mujeres decentes de este poblado, que es semilla de ciudad.

Sonidos de músicas, risas y chocar de vasos y gritos de hombres con recia voz, salen afuera, a la calle, animando al transeunte a usar la posada que ofrecen. Dentro ya, un denso y espeso vaho, no deja respirar a quien llega a él, de las lejanas tierras donde campan las ovejas y desgustan con agrado los contertulios. Varias mujeres, muchas de marchita belleza, caminan entre el

oleaje de miradas y requiebros que las rodean. Su andar cansino, señala el aburrimiento que de ellas mismas tienen. Sus trajes de noche, de pasados tiempos, delatan su ínfima categoría. Algunas jóvenes inconscientes por su poca edad, discurren entre los veladores, asombradas del ambiente que las rodea, y añorando quizás, los verdes prados donde cuidaban su ganado. Fuertes hombres de ancho sombrero y grandes revólveres al ancho cinto, discuten, beben y juegan. El dinero que fácilmente en este Estado de Texas que empieza a organizarse, se obtiene de los latrocinios de las lejanas remesas del polvo de oro que les remiten sus compinches y las trampas en el juego del producto obtenido de la venta del ganado robado, del matonismo y de los fondos de una política rural que empieza a nacer, corre alegre y rápido sobre las mesas y veladores de este café. Un viejo piano deja caer sus ásperas notas, que no desentonan con los trajes de las mujeres. Se oye hablar de pastos, ganados, muertes, venganzas. Historias pasadas de oscuros orígenes dan vida a esta humanidad de malhechores, entre los que duramente viven, pegados al bien, algunos hombres que quieren mantener con todo esfuerzo su honradez y su hombría. Se transpira a lana y a whisky.

Caen con fuerza las cartas sobre las mugrientas mesas, que hacen temblar a las botellas, y rueda el dinero a puñados echado o recogido. Sobre el estruendo del local se oye decir con potente voz: «¡Tramposo!»

Un gran silencio, y todas las miradas a una mesa del fondo del local se dirigen, y suspenden el juego, y de-

tienen sus gracias las mujeres, y el escanciador de manguitos y visera, queda quieto en alto la botella.

—¡Tamposo!, sí — vuelve a decir la misma voz, y en pie cuatro hombres se miran con dureza y sostienen su mano en equilibrio hacia sus armas. El señor Moore, de cano cabello y alta estatura, elegantemente vestido, desentonando su atuendo con el de los demás contertulios del cafetín, ha dirigido a un hombre que frente a él está, sosteniendo a duras penas su ira, el tremendo apóstrofe de «tramposo» que en semejante lugar suele ser siempre el toque de fuego de este campamento de aventureros, que no miran en nada su propia vida.

Buk Jones, a quien va dirigido el insulto, domina su varonil respuesta, y todo su alto y corpulento cuerpo vibra a la cólera y al deseo que le domina. Su simpático rostro, marcado por el barbuquejo del amplio sombrero de vaquero que le cubre, indica la terrible lucha que sobre él discurre. Su mano tiembla en la apetencia del revólver que en su ancho cinto lleva, y a su lado, irónico, retador, el Lobato, un hombre mitad campero, mitad de ciudad, de negro vestido, con chaqueta y sombrero ancho, apoya lo dicho por Moore, diciendo: «¡Cierto!»

—Mentira, calumnia; yo no hago trampas en el juego. Se defiende Buk Jones con estas palabras: —Y no quiero matarlo, usted lo sabe; no me provoque. Moore, que al fin soy hombre.

—Eres muy hombre, hasta para hacer trampas en el juego.

Rápido, con la velocidad del rayo, el fuerte puño de Buk cae sobre el rostro de el Lobato, que se derrumba a tierra. Buk, airoso, avanza por el local, y en su mirar, dirigiéndose a la gente, les dice: —Si hay alguno que mantenga las afirmaciones de Moore, que lo diga—. Ni una sola voz se alza, unos por temor, otros por el conocimiento que Buk dice la verdad. Sobre la puerta se destaca un momento su simpática figura, que sale a la calle seguido de su fiel amigo Spikie. Afuera están sus caballos. Buk Jones se acerca a su blanco alazán, al que desata.

—Buk: el Lobato fué quien preparó la trampa; desea tu ruina, él te odia; y te ha buscado una encerrona para provocarte y que matases a Moore.

—No lo dudo y eso me figuraba. Spikie; el Lobato no ignora que Moore y mi padre se odian y no sé por qué. El Lobato es una mala persona, ya sabes que está a sueldo del Sindicato de Ovejeros, y se dice es ladrón de ganados... y además de corazones, pues va detrás de Paddy, la hija de Moore; por eso también quiere perderme; yo quiero a Paddy, tú lo sabes, mi fiel Spikie. Si mato al padre, Paddy me odiaría, y él quedaba dueño del campo. No era mala jugada; pero esta vez le falló.

—Llévate ojo, Buk—, y a continuación Spikie, al decirle esto, pone todo el cariño que siente por Buk. Este Spikie, criado de pequeño en el rancho Jones, es alegre y simpático. Sus grandes bigotes hacen más pequeños sus inquietos ojos. Parlanchín, no le estorba el whisky en el estómago; honrado, bueno, amigo de las faldas, y re-

huye las pendencias. Pero se adentra en ellas cuando no hay más remedio, con plena hombría. Y en estas tierras de Texas, llenas de aventureros que allí llegaron deseosos de enriquecerse rápidamente, y coger el dinero, si el dinero a ellos no viene, son tierras donde las peleas se suceden con una frecuencia aterradora. El sheriff, muchas veces no es nada más que un elemento adicto y colocado en ese puesto por el cabecilla político del rincón en que desenvuelve sus actividades. La ley él la hace, este cabecilla manda en honras y en vidas.

El feudalismo conocido en Europa y desconocido en la joven América, ha llevado unas nuevas formas de interpretación en las que, en lugar de usar la lanza y el arcabuz, se usa el afilado puñal y la reluciente pistola. La horca subsiste a través de los tiempos. Antaño, sobre las milenarias piedras de cualquier ciudad de la medieval Europa, se alzaba sobre cualquier torreón, el vacilante cuerpo de algún esbirro que sobraba en los dominios de algún señor. Camináis por cualquier rincón de la joven América en sus tiempos de formación, y sin alzar mucho la vista del suelo, veis a la altura de vuestros ojos, el movimiento pendular de un cuerpo suspendido de una horca, que si no de un alto torreón, porque allí no existen, sí de una robusta rama de alguna frondosa encina. Un contrincante menos. La Ley enmudece, la Ley fué colocada allí por el nuevo señor de esas tierras. Las pendencias abundan y Spikie sueña con los rientes valles de Orleans, en donde los negros tejen sus dulces canciones y armoniosos sonos, entre el ondular de los algodonereros que cubren aquellas risueñas campiñas, en donde también florece más abajo el naranjo y la palma, en aque-

llas tierras que vieron nacer a nuestro amigo, se respira una tranquilidad de espíritu que impregnó la mentalidad de Spikie, que los azares de la vida llevaron a la ruda Texas a ganarse su pan como peón de rancho.

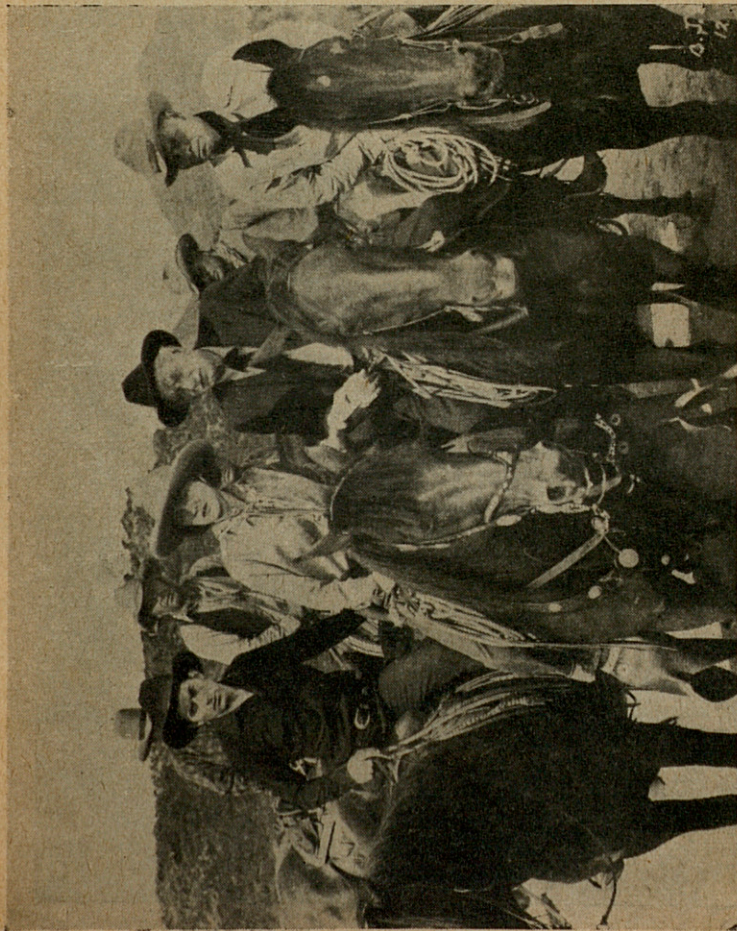
Montan en sus caballos, y al alegre trote de los mismos, desaparecen por la calle. Enfrente tienen el ancho campo, las dilatadas llanuras por donde cruzan los caminos que a los ranchos llevan. Aire puro; atrás quedan los sonidos del vetusto piano y las carcajadas de las pobres mujeres que mal ganan su vida entre los sudores de la plebe embrutecida.

Mientras tanto, en el «Saloon», un grupo de partidarios de Buk, que es un conjunto de hombres decentes, sacan a relucir sus armas, apoyando la afirmación de Buk, y rápidos, con el ímpetu de sus instintos primarios, con sus ansias de pelea, la inmensa mayoría de los que en el local hay también sacan sus armas, con deseo de pelea. El Lobato, repuesto ya del golpe, es ayudado a levantarse del suelo y calma a su gente con ese gesto de superioridad con que siempre acompaña sus acciones. Esta vez la pelea generalizada se ha evitado. No por espíritu de orden, sino porque no valía la pena que por una causa ya pasada, se produjeran destrozos en el local, en el que él es parte también ignorada del resto del pueblo. Mascullando un juramento, mientras mira a la puerta por donde Buk ha salido, el Lobato jura vengarse de esta afrenta ante sus hombres.

Ante la puerta de su rancho, rodeado de fecundo arbolado, Buk salta del caballo, lo amarra en la cerca y camina hacia el interior de la casa. El rancho de Jones



Valiente y decidido, marcha al galope de su brioso caballo...



Llevar cuidado... en el desfiladero hay una trampa para destrozarlos.

se extiende sobre una verde llanura, en la que pastan algunos centenares de cabezas de ganado, patrimonio de la familia Jones. Un pequeño riachuelo circunda uno de los lados de la finca y en sus rientes orillas bellos caballos, de pura raza aborígen, beben sus tranquilas aguas; lejos, en el otro extremo del rancho, hay unos grandes cobertizos donde se aloja el ganado y existen los molinos que trituran los piensos. Los hombres, rancheros de grandes espuelas que nunca se quitan, sus piernas encorvadas por el uso continuo del caballo, modernos centauros de esta América en nacimiento, saludan con agrado a su joven dueño, en quien ven el cabecilla espiritual y material del escaso grupo de personas decentes que viven en la comarca.

Penetra Buk en el salón del rancho y contempla un momento a su padre que, sentado en un sillón, de espaldas a la puerta está. Una rápida vuelta de este sillón coloca de frente a padre e hijo. Jones padre está sujeta su humanidad doliente a un carro-sillón; sus piernas paralíticas están tapadas por una amplia manta. Buk se acerca cariñosamente a su padre, besándolo en la frente, y sentándose a su lado le da noticia de lo sucedido en el café.

—Hijo mío, las cosas han llegado a un punto que es necesario yo te explique pasados sucesos que tú ignoras, que te aclararán la situación y te harán comprender el por qué de esta lucha sorda que te rodea, para que puedas conocer a tus enemigos y saber sus intenciones. Moore y yo, no ignoras que estamos enemistados, y esta enemistad que por mi parte siempre

rechacé, por parte de Moore fué mantenida con energía, desde mucho antes que tu madre te trajera al mundo. Escucha: Cuando yo conocí a tu madre, ésta era cortejada por dos hombres: Pakling, que tú no conociste, y Moore. Tu madre era bella, tenía al mismo tiempo un no sé qué atractivo en su gracioso rostro, que enamoraba con facilidad a los hombres. Yo quedé prendado de ella, y tu madre, cortejada por tantos y conociendo la asiduidad de mis otros dos rivales, me prefirió a mí. Un día nos casamos. Día feliz, salimos de la iglesia entre una lluvia de arroz que nuestras amistades nos arrojabán con alborozo. Montamos en el coche. Pedro, nuestro viejo cochero que tanto te quiere, fué el encargado de transportar nuestra felicidad a este rancho. El coche, al pasar cerca del cruce del camino viejo, pasó cercano a los hombres rivales derrotados, que nos miraron con enojo, y en sus ojos vimos un relámpago de ira, y entre dientes algo dijeron. Fué una nube que oscureció momentáneamente nuestra felicidad.

Más tarde, amigos, confidentes, me dijeron que aquella pareja había jurado vengarse de nosotros. Pasó el tiempo, y una noche, en la que fui al café a tomar unas copas para hablar con unos tratantes de la venta de una punta de ganado, mientras hacia la espera me arriqué al mostrador del bar, abriéndome sitio entre dos hombres. Sin darme cuenta, me había situado entre Pakling y Moore. Moore empezó a mofarse de mí, hablando en términos poco halagüeños de mi hombría con Pakling, conversación que a la fuerza tuve que oír. Yo presentí la provocación, y me mantuve prudente; pero Pakling llegó a decir algo que no pude oír bien, pero que

indudablemente se refería a tu madre, y en un tono dicho que era insultante, y yo me abalancé sobre él. Tú, hijo mío, hubieras hecho lo propio. Luchamos, lo cogí entre mis manos y caímos al suelo en una lucha feroz, sonó un disparo y los dos quedamos inertes en el suelo; cuando yo recuperé el sentido, a mi lado estaba muerto Pakling, que yo ahogué entre mis manos. Pero yo ya no pude levantarme nunca más por mi propio esfuerzo. Una bala se había alojado en mi columna vertebral, que me dejó paralítico, como tú siempre me has conocido. Desde entonces existe una lucha de odios entre las dos familias Moore y Jones y también existen dos revólveres de mango nacarado, uno es éste (le dijo, sacando de su regazo un magnífico revólver) y el otro, pareja de éste, que me quitó no sé quién, en la refriega con Pakling. lo lleva el Lobato, y desde entonces, una lucha sorda por la posesión de las dos armas, que representa el triunfo de un odio, se lleva a cabo. Y en esta lucha, como turbulento mar, tú navegas aislado e ignorante, y por esto te cuento mi crimen que nunca quise hacerlo. El Lobato es un canalla, pero tiene engañado a Moore, y Moore ya sabes que me odia. Toma, hijo, a mí de nada me sirve esta arma; nada más que de tristes recuerdos de lo que fui. Recógela; la lucha empezó, es guerra a muerte, a exterminio.

Buk, emocionado, abraza a su padre, que ve en el hijo el hombre que él quiso haber sido.

—Padre, tú mataste por defender a mi madre; yo recuperaré ese revólver que viene a ser como la honra de nuestra familia.

Lejos, al otro extremo del valle, sobre las faldas de la rocosa montaña que domina esta comarca, se dibuja un bello rancho entre encinas, que dan grata sombra. Mucho ganado también, mucho hombre; se ve que es una propiedad en floreciente riqueza. En los detalles de la misma que al paso se divisan, se ve la mano de una mujer cuidadosa e inteligente. Es difícil encontrar en estos apartados rincones de la tierra un detalle femenino de buen gusto. Paddy, la simpática y bella hija de Moore, dueño de este rancho, le dice a su padre que no puede ser que Buk hubiese hecho una trampa en el juego, que es un caballero incapaz de esto, y que el Lobato es quien debe haber preparado la baraja. Su bello rostro se alegra al pronunciar el nombre de Buk; en sus finos labios cobra una dulzura impropia en la aspereza de estos campos.

—Padre, yo he visto al Lobato manejar las cartas, y hacer pruebas de ellas con una destreza inmejorable, ha sido ese hombre, no lo dudes, quien lo preparó; odia a Buk porque cree que yo le distingo a él, y el Lobato me persigue. ¡Cuándo verás claras las intenciones de ese hombre!

—Pero tú quieres a Buk, ¿no?

—No lo sé, es posible; algún día te lo diré.

—No puedes juntar su sangre con la tuya. Los Jones y los Moore nos odiamos, ya lo sabes. El padre de Buk mató a mi más querido amigo.

Los bellos ojos de Paddy se humedecen al escuchar la terrible sentencia. Ella quiere a Buk, y no desea con-

fesárselo a sí misma. Hace tiempo que su corazón late con fuerza al sentir la presencia del varonil muchacho, y todo su ser se sonríe; pero Buk es tímido para el amor, como todos los hombres fuertes, y nada le dice, pero en su instinto femenino, algo le avisa que también es amada. Paddy monta en su caballo y en el alegre trotar de su potro se aleja del rancho. Su bella silueta, esbelta y graciosa, se pega al lomo del caballo con singular maestría. En otras mujeres el varonil atuendo de montar las hace perder el encanto de su feminidad, pero en Paddy, todavía resalta con mayores encantos la gracia femenil de su contorno. En el rudo cabalgar, los rizos de su alborotada cabellera caen graciosos sobre su hermosa frente, nimbando con una sombra la profundidad de sus inquietantes ojos.

Buk deja su rancho y marcha hacia el de Moore, pues en su bondad desea dar una explicación a Moore y tratar de desenmascarar al siniestro Lobato. Y éste, con criminal sangre fría, ha preparado un plan que conociendo los buenos sentimientos de Buk, prevé va a ocurrir tal como lo ha pensado. Al observar que Buk marcha hacia el rancho de Moore, se adelanta en rápido galopar por el atajo, y se apostea en las cercanías del rancho. La silueta del padre del Paddy se ofrece en blanco sobre el verde prado. Cuando el Lobato ve al jinete cercano al rancho, dispara certero sobre Moore, que cae pesadamente a tierra, y Buk, que oyó el tiro, temiendo algún ataque al rancho de los merodeadores de ganado, galopa hacia él, y desmontando se acerca al ensangrentado cuerpo de Moore, pistola en mano, y contemplando dolorido el cadáver del padre de su amada,

es sorprendido por Paddy y algunos criados que llegan presurosos.

—Canalla, tú lo mataste—. Iracunda, ciega en su dolor, le lanza estas palabras, que caen sobre el desgraciado Buk como hirviente lava.

—Paddy, yo no fui.

—Fuera, vete de mi casa; no quiero verte más—. Lentamente, destilando su dolor, vuelve a su caballo y se aleja, mientras el cuerpo de Moore es llevado al interior de la casa, entre los sollozos de Paddy, que acongojada va abrazada al cuerpo de su padre.

Una llamada telefónica desespera al sheriff, que dormita en su oficina.

—¿Que han matado a Moore? Voy en seguida.

En el rancho, todo es dolor. Paddy llora su desconsuelo. Se extrae al cadáver la bala y el sheriff, que conoce a Buk y por eso le quiere, marcha a su rancho para averiguar la verdad de lo sucedido.

Ya en éste, Buk ha impuesto a su padre de lo ocurrido, que es otra maniobra del Lobato, y asimismo se lo explica al sheriff, que enseña la bala que mató a Moore.

—Muchacho, estate tranquilo; te conozco a tí y conozco al Lobato. Una vez quiso comprarme y de nada le valió. Tu revólver no mató al viejo Moore; la bala es del mismo calibre; tu arma no tiene señales de haber sido recientemente disparada, y la otra, igual a ésta,

ya sé por tu padre, en una vieja historia que hace tiempo me contó, que va sujeta al cinto del Lobato. Es él, no hay duda. Tenemos que buscarlo.

—Yo me encargo de ello, pero deme usted autoridad.

—Tiene razón; toma (y diciendo esto le dió una estrella de ayudante de sheriff). Usala con honor.

—Si tiene usted otra, désela a Spikie, que necesito su ayuda—. Y Spikie trata de eludir este honor, pero por ayudar a Buk haría cualquier cosa, y con orgullo se pone la estrella que le hace creerse más poderoso.

Mientras esto sucede, el Lobato, que huyó al disparar contra Moore, se dirige al cercano pueblo, y rectamente marcha al «Saloon», cobijo de ladrones de ganado y tahures, cuyo dueño es el jefe de una banda de ovejeros, amigo y socio del Lobato, en sus sucios negocios y criminales actos.

Reunidos en la taberna, con los compinches, el Lobato les ofrece 500 dólares por el cuerpo vivo o muerto de Buk Jones, y les explica también el plan que tiene para exterminar a los vaqueros de Jones y Moore, en el desfiladero, en el cual sus hombres han colocado una cerca de espino, bien disimulada con hojarasca y plantas. El plan es diabólico. Muerto Moore, más de la mitad de sus vaqueros, son hombres adictos a él, y exterminando al resto de los vaqueros y a los servidores del rancho de Jones, el Lobato y su banda serían los dueños de la comarca y el oro iría a sus ambiciosas manos con gran facilidad.

Parte a su cabaña, cerca de la montaña, en donde encuentra a Paddy que ha ido allí a decirle que ofrece mil dólares por Buk vivo. El Lobato dice que tanto da vivo o muerto, pero Paddy, en quien sin duda quedan rescoldos de su amor, insiste en que lo quiere vivo.

Buk se ha enterado que el Lobato marchó al pueblo de los ovejeros; valiente y decidido marcha al galope de su brioso caballo y acompañado del simpático y atemorizado Spikie, va a su encuentro. Cerca del «Saloon» hay apostado un esbirro de la criminal banda, que da la voz de alarma que Buk está a la vista del pueblo. El jefe de este canalla, matón y corpulento, se ciñe su chaqueta que cubre dos revólveres, uno al cinto y el otro colgado de una correa; se afianza la faja y bravucón, con displicente sonrisa, sale a la calle seguido de sus secuaces, que le dejan marchar adelante. Baja Buk de su caballo y a lo largo de la calle fija sus miradas, en las que hay un reto de muerte; avanzan airoso estos dos hombres, que saben juegan su vida; lentos y enérgicos pasos marcan su andar, atenta la mirada a cualquier movimiento de las manos. Seguros del final, a unos metros se detienen.

—Vengo por el Lobato.

—No lo conseguirás—. Rápido, intenta sacar su revólver, pero más veloz Buk dispara y sobre la polvorienta calle rebota el cuerpo del tabernero.

Los compañeros de éste empiezan a disparar desde la puerta del bar y Spikie, que oportunamente se ha situado escondido en cercano lugar, dispara y caen dos

de los ovejeros, refugiándose los demás en el interior del café. La lucha prosigue desde allí, fuertemente atrinchados. Una mesa sirve de parapeto tras la vacilante puerta. El humo de la pólvora enrarece la atmósfera. El ruido de los disparos es ensordecedor. Van cayendo las botellas de los anaqueles que las sustentan, y lo que era un café se transforma en terrible posición guerrera. A ras de tierra disparan los bandidos, entre exclamaciones e interjecciones. Cae otro, su hombro atravesado por las pesadas balas del revólver de Buk, que diestramente maneja. Spikie sostiene el fuego y la atención de la banda disparando contra una ventana que está hecha aficos.

La calle del poblado, escenario de esta terrible lucha, ha quedado desierta, y sólo alguna ave la cruza en rápido alar. Los caballos sujetos a las fuertes barras de madera, piafan inquietos, ventean el peligro que sobre ellos se cierne.

Son dos hombres contra diez los que sostienen esta lucha que no acaba. Buk, cautelosamente, y haciendo gala de su bravura y de su inteligencia, se escurre por detrás del edificio, mientras Spikie, comprendiendo la jugada, distribuye el fuego de sus dos revólveres a derecha e izquierda.

Buk salta por una ventana y al pasar a la cercana habitación, uno de los enemigos que lo ha visto se sitúa detrás de la puerta. Sigilosamente Jones se introduce en la habitación y por la espalda es atacado por el corpulento bandido, que le atenaza con su potente brazo.

—¡Ah!, creías escapar; ahora verás, Buk Jones, tu

final—. Buk no contesta y concentra su energía en desasirse de la garra que lo aprisiona. Oye reír irónicamente a su enemigo que confía en sus poderosas fuerzas.

En la calle, Spikie se da cuenta que algo le ha sucedido a su compañero, al no oír el ruido de la refriega en el interior, y velozmente acude al sitio por donde desapareció su amigo, llegando en momento oportuno, al ver por la ventana el inminente fin de Buk, que ya respira fatigosamente en el ahogo de la tenaza que le oprime. Salta adentro y sujeta al criminal, que es reducido, y cierra el pestillo de la puerta. Detrás de ella se oyen los disparos de los que creen luchar todavía.

—¿Dónde está el Lobato?

—Nada sé de él — contesta atemorizado el ovejero, queriendo dar una tregua, que permita a sus compañeros venir en su auxilio. Buk, apuntando a su pecho, le dice: —O lo dices, o te mato ahora mismo—. Tal decisión leyó en sus ojos, que contestó: —El Lobato ha marchado al desfiladero, ya lo sabes—. Un fuerte golpe dado en la cabeza con la culata del revólver de Spikie, deja momentáneamente fuera de combate a esta masa humana. Rápido, saltan por la ventana y montando en sus caballos parten veloces en busca del Lobato. En el interior del café se hace silencio, han oído ruido en el cuarto cerrado, comprenden que allí está Buk y su compañero, y al ver mover los pestillos, disparan sobre la puerta, que, al abrirse, les enseña tendido en el suelo el ensangrentado cuerpo del ovejero, acribillado a balazos por sus propios compañeros, al tratar éste de abrir la puerta una vez repuesto del golpe.

Al abandonar el pueblo, Buk ordena a Spikie marche a avisar al sheriff de lo que se trama en el desfiladero, y también a los vaqueros que vayan prevenidos a la señal de hacer arder una hoguera en el alto picacho que domina el valle a su entrada del desfiladero, y parte Spikie a cumplir su misión en el rápido galopar de su caballo. Un suave tirón a las riendas y el hermoso caballo de Buk, todo nervio y raza, se encabrita alegremente, levantando al aire su larga cola de un blanco inmaculado, y parte véloz al través de las peladas campiñas, hacia el desolado lugar del complot. Cabalgando divisa a lo lejos las gruesas rocas que dominan el valle, con toda su desnudez de vegetación, que hace triste este solitario lugar. A su derecha, a lo lejos, divisa la polvorienta neblina que a su paso levanta un buen hato de ganado, en el que los vaqueros manejan airoso sus hondas.

Ya dejan de pisar los cascos del alazán de Buk la jugosa hierba de las praderas y chascan por las piedras grisáceas y en el resoplar de su hocico, indica el esfuerzo al trepar. Entre pequeños callejones de piedra, llega Buk cerca de la cima, y en un alto divisa el montón de leña, cubierta por un lienzo, que ha de servir de llamada o aviso, trepa hasta cerca de ella y cuando está en los preparativos de darle fuego, surgen dos esbirros de El Lobato, que guardan el desfiladero y le atacan por sorpresa.

La lucha es cruenta al borde del abismo, en el que los cuerpos juegan en sus cercanías. La vida de aquellos hombres está a merced de la destreza en esquivar

la acometida, y también es peligrosa ésta, pues puede en su impulso precipitarlos al fondo del abismo. Es imposible para Buk defenderse de las dos fieras que le atacan y por fin, rendido y atontado por un fuerte golpe, cae en sus manos.

Durante el tiempo en que lo sujetan con unas cuerdas, Buk silba de una manera especial y su fiel y adiestrado caballo, que oculto está en cercano lugar, empieza a desligar el lazo con que las riendas lo sujetan a un árbol.

—Ya te cogimos, Buk Jones; 500 dólares nos vale tu cuerpo, pero hay quien da por él mil dólares si te entregamos vivo—, le dice sonriendo sarcásticamente el más viejo de los dos. Buk calla y reconcentra su pensamiento en la forma de escapar, pues por el camino que lleva, comprende va a algún apartado escondrijo del monte, a donde sus amigos no podrían o sabrían llegar. Se considera perdido, pero no es hombre que decaiga su temple.

Una hora de camino y llega a la escondida cabaña. Miserable habitación. Unos troncos de árboles constituyen la vivienda. En su interior una lámpara de petróleo ilumina medianamente. Una vieja mesa, varias sillas y un inmundado camastro con una manta. Una cocina y sobre ella un anaquel con varios cacharros y botellas. Adecuado marco para el Lobato y sus secuaces. Sórdido rincón en donde quizás Buk Jones acabará su vida, sin poderla vender cara.

Un empellón y cae sobre el camastro al que lo atan

de espaldas. A poco, se oye un galopar que se detiene frente a la cabaña; se abre la puerta y sobre el marco de la misma se perfila la odiosa figura de El Lobato.

—Bien, Buk Jones; ya te tengo.

—¡Hum! — le exclamó el prisionero, sin ganas de conversación, y con una ironía que desarma a El Lobato.

—Tú creíste que ibas a ser el amo de la comarca, el dueño lo soy yo, de todo, ¿me entiendes? de todo... incluso de lo que sabes — jactancioso y perverso le dice.

—¡Canalla!, insúltame, maltrátame, ¡canalla! Sueño no me dirías esto; eres de mala calaña; llevas sangre maldita en tus venas. Ese revólver que llevas delata tu bastardía.

Un fuerte golpe le hizo enmudecer; al recobrarse, siente galopar de caballos. La idea que sean sus fieles amigos le anima, pero pronto se desengaña, al ver la figura de la adorable Paddy, que desde la puerta lo contempla. Dolor y gozo le acometen; Paddy, fría, se le acerca y dirigiéndose al Lobato le dice:

—Entrégamelo. Te ganaste los mil dólares, Lobato—. Buk no quiere creer lo que oye y presiente un agradable amanecer de su vida.

—No, niña; este hombre es mi prisionero y como tal en él ejerceré la justicia por la muerte de tu padre..., tan lindas y blancas manitas no deben mancharse de sangre... — le dice irónico y sinuoso. —Esto es cosa para ventilar entre hombres... y pronto. Más vale te

vuelvas al rancho, que liquidar este asunto. Allí marcharé. Mi factura por este encargo no es crecida—. Y con cinismo recorre su mirada el gentil cuerpo de Paddy, que se estremece. Buk hace un movimiento violento para deshacerse de sus ligaduras.

—Mira, Lobato, que intenta escapar — exclama Paddy. Agil se vuelve el Lobato hacia Buk y en este momento Paddy, valientemente, encañona, por la espalda a Lobato.

—Creías, Lobato, que ibas a engañarme; lo sé todo; eres un canalla; tú provocaste a Buk y mataste a mi padre. Te cogí en tus propias redes.

Buk acaricia con su mirada a la valiente muchacha y antes que ésta pueda acercarse a libertarlo, los dos secuaces del Lobato que quedaron fuera y oyeron la conversación, entran en la cabaña y se abalanzan sobre la muchacha.

—Atarla bien, ahí fuera, hasta que yo vuelva. Ya ajustaremos las cuentas, amiguitos—. Y mientras amarran a un árbol a Paddy, el Lobato marcha, quedando solamente uno de los guardianes, sentado en una mecedora, a la puerta de la cabaña.

El inteligente caballo de Buk, que consiguió desatar sus ligaduras, se dirige, guiado por su fino instinto, hacia la cabaña. La joven lo divisa y lo llama. El vigilante dormita.

—Desátame aquí, pronto, desata —. El animal comprende y repite su habilidad sobre el tronco que sujeta

a Paddy. —Aprisa, aprisa—. Ya está. Desliza sus muñecas del lazo que las aprisiona y corre ligera y con cuidado a salvar a Buk, y el caballo, comprendiendo en su instinto y habilidad y a una seña de Paddy, se coloca de espaldas al bandido, y de una tremenda coz lo derriba sin sentido.

—¡Paddy!

—¡Buk!

Presurosa lo desata y emocionados al comprender el estado de sus almas al ponerlos en el trance angustioso en que han estado, van a abrazarse, pero un pudor les detiene. Nada se han dicho, ella no debe ser la primera, y a él le falta decisión que le sobra para otros lances.

—Pronto, mira—. Y a lo lejos, en lo alto del picacho, una columna de humo les avisa que la lucha va a empezar pronto. Es necesario ayudar. El sheriff y los vaqueros todavía no han sido avisados de la trampa que les espera y acudirán al engaño.

—Corre, vuela; ves a encontrarlos por el atajo, ellos caminan hacia el desfiladero, en donde les espera un total exterminio si no les prevenimos. Yo iré allá a encontrarme con Spikie, y a tratar de salvarlos. Este es el final. Si los destroza, adiós nuestro sueño...

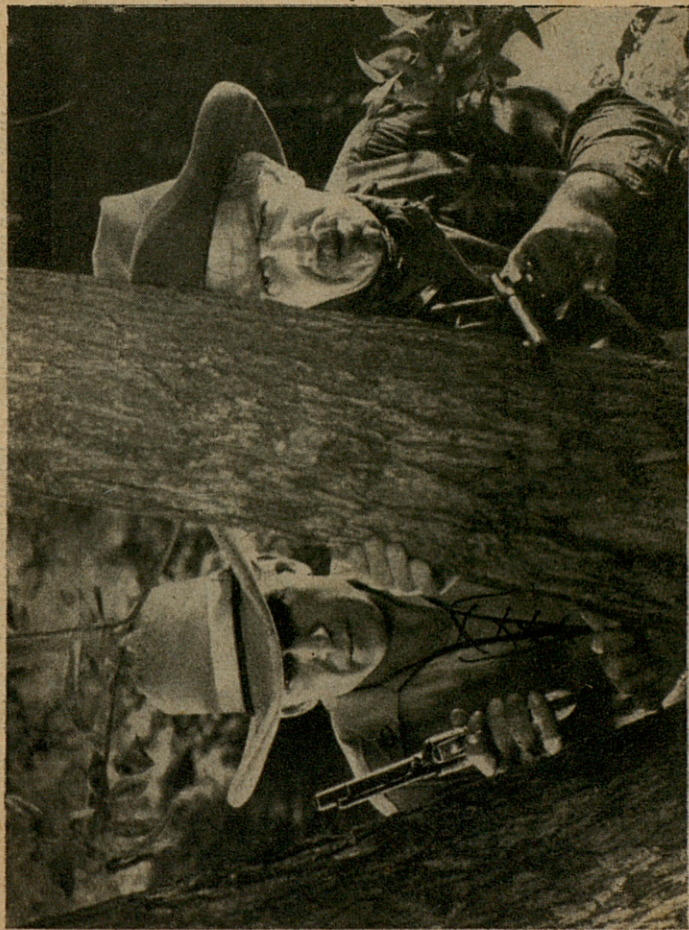
Paddy parte veloz al encuentro de los vaqueros, y Buk, después de atar bien al bandido, galopa hacia el desfiladero.

Cuando Spikie cumplió su misión, marchó al desfila-

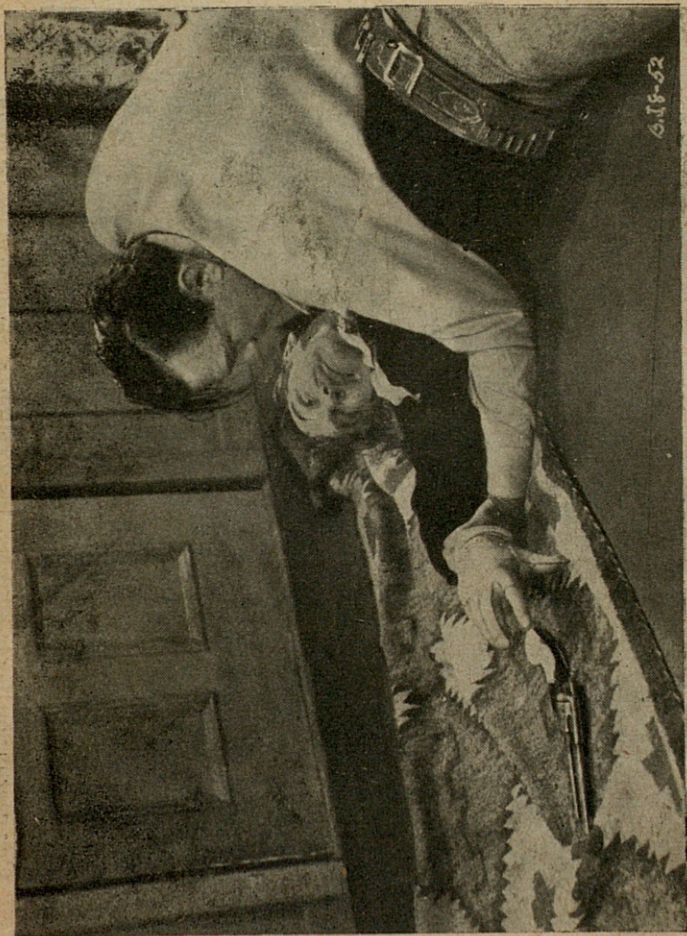
dero a reunirse con Buk. Ya le extrañó al llegar a sus cercanías no ver el fuego de la hoguera. Algo ha sucedido para que Buk no cumpliera su misión. A toda prisa se dirige a la alta roca, y rápido enciende el montón de leña que levanta al espacio una gruesa columna de humo, pero otros bandidos que cerca están apostados le atacan y de nuevo, al borde del abismo, se desarrolla una terrible lucha, en la que el enalénque cuerpo de Spikie lleva las de perder. Mientras que el humo se eleva espacio, Spikie es arrojado al abismo; su cuerpo, a no dudar, ha sido deshecho contra el fondo pedregoso del mismo. ¡Pobre Spikie!, valiente luchador de simpática figura que al servicio de una buena causa puso sus escasas fuerzas.

Regresan los bandidos a su lugar, y comentan las incidencias de la lucha y el fin del malogrado vaquero. Buk, que ha llegado a tiempo de escuchar la última parte de la conversación, se acongoja con la muerte de su amigo y al elevar la vista al cielo en plegaria por su alma, observa en lo alto, en peligroso vaivén, un cuerpo que se agita al borde mismo del abismo, sujeto a un saliente. Corre, y a poco ve a su amigo sujetándose a duras penas del cortante filo de una roca, que en su caída, ha podido retenerlo.

—Animo, Spikie, voy en tu ayuda — le gritó con alborozado entusiasmo. Spikie lucha tenazmente contra sus escasas fuerzas que por momentos le abandonan. Y Buk le tira una cuerda que con gran trabajo y peligro de Spikie consigue atar a un saliente de la roca que le ha salvado la vida. Buk sigue ansioso esta operación,



Con precaución llegan a los árboles y en tierra, revolviéndose de dolor...



... y cae sobre el cuerpo del traidor la corpulenta figura de Buck.

pues ve que a su compañero le faltan las fuerzas. Unos segundos y Spikie se dejará caer, para morir destrozado en el fondo del trágico abismo. Pero la Providencia le ayuda, y lentamente se descuelga por la cuerda hasta los pies de Buk, que lo abraza.

—Un trago, Spikie; te lo ganaste, viejo—. Y Spikie, gozoso de abrazar a Buk, trasiega con deleite un buen trago de ron de la cantimplora que le ofrece.

En el rancho de Jones éste se encuentra en un sillón en la terraza de la rústica casa, cuando ve el humo de la hoguera que Spikie con riesgo de su vida incendió.

—Muchachos, pronto, a las armas, al desfiladero; llegó la hora—. Corren, trajinan, se afanan en sus monturas, y el pobre parálitico trata de incorporarse inútilmente. Sufre, se golpea sus pobres piernas, que de nada le sirven. El quisiera marchar allí, a combatir como los hombres, y en su inutilidad se desespera. Sale el tropel de los hombres camino de la lucha, a los que se une el sheriff.

—Muchachos, hay que dar la batalla hasta el ~~extremo~~ terminio del contrario — le dice a los hombres entusiastas que capitanea.

Ellos van como centauros en alado huracán, levantando una nube de polvo que lentamente se disipa, y allí queda solo y triste Jones, que desespera.

En el cruce, Paddy los alcanza. —Parad — les dice, interponiéndose — llevad cuidado en el desfiladero, hay una trampa para destrozarnos.

—Esto es cosa de hombres, Paddy; ves al rancho de Buk, que allí quedó el padre solo y triste, y espera en él el final de esto, que la Providencia nos ayudará.

Siguió el tropel, mientras Paddy corría cerca del viejo Jones.

Buk y Spikie han tomado posiciones en los alrededores del desfiladero, ocultándose y tratando de evitar a los bandidos que por allí están apostados esperando la llegada de los vaqueros. A caballo mantienen su atención en constante alerta, listas las pistolas, bien repuestos de cartuchos. Un deslumbrante sol alumbraba el escenario de la trágica emboscada. A lo lejos ya se divisaba la estela de polvo que levantan los caballos del sheriff y sus vaqueros. El Lobato y su gente se aprestan y por otro lado, nuestros dos amigos se preparan.

Al galope entran en el desfiladero los vaqueros, que van a abrir brecha por donde el ganado pueda pasar, y entablar la batalla definitiva que les deje dueños del campo, y destrozar la hegemonía política y el bandidaje. Antes que puedan tomar posiciones, son recibidos con gran cantidad de disparos. La lucha se generaliza. Buk y Spikie descargan montados en sus caballos, a retaguardia de los bandidos, que se ven cogidos entre dos fuegos; la movilidad que les da las caballerías y la destreza en el manejo de las dos pistolas, hace suponer a la banda que se trata de más enemigos y numerosos, que les atacan por la espalda, desmoralizándose con esto.

El sheriff y los suyos se defienden del arrollador fuego con destreza y valentía. Caen varios, de uno y otro

bando; el ruido de los disparos, la humareda y polvo, los ayes de los heridos y el relinchar de las caballerías, prestan a esta escena un carácter terrible. Pronto los vaqueros se dan cuenta de la ayuda de Buk y Spikie, y cobran más alientos, se parapetan en los escondrijos de las rocas y los caballos sueltos cruzan varias veces la zona batida, en espantosa confusión.

Pronto empiezan a disminuir las escasas fuerzas que les quedan a los criminales ovejeros, que ven perdida la partida. El Lobato, traidor como siempre, al ver perdida la batalla, consigue trepar escondidamente y desaparecer a la vista del combate y cogiendo un caballo abandonado, sale huyendo velozmente del lugar.

Prosigue la lucha y van cayendo prisioneros algunos de los bandidos que, cercados y con muchas bajas, ya no pueden resistir. Se oyen los últimos disparos, y en el centro del desfiladero se reúnen los luchadores vencedores, que sujetan a los escasos supervivientes. Buk acude rápido, y comprueba que la principal presa, el Lobato, no está entre los prisioneros.

Uno de ellos canta, indignado ante la cobardía de su jefe que les abandonó, y dice que el Lobato, al terminar la batalla, marcharía a dar fin de Buk en la cabaña, en la creencia que éste estaba en ella prisionero.

Buk, seguido de su inseparable Spikie, parte al galope de sus caballos hacia la escondida cabaña, en donde espera dar fin del siniestro bandido.

El Lobato, con un ansia feroz de desquite y decidido a todo, dejándose llevar por el impulso salvaje de su alma, camina hacia la cabaña con la ilusión de deshacerse de Buk, a quien cree atado en ella. Acabar con Buk es su mayor deseo y luego marchar a otras tierras, ya que en estas nada tiene que hacer con el exterminio de su banda hecho por el sheriff y los suyos. En otras tierras, lejos, rehará su vida, siempre dentro de las senderos del bien y muy cómodo para ganar su pan con malas artes del tahir. El es incapaz de andar por los el esfuerzo de su trabajo. Que otros trabajen para que él recoja el producto, con sus hábiles manos en las cartas y en las pistolas.

Ya divisa la cabaña, y una risa feroz ilumina su rostro. Entra y al lanzarse sobre el que cree Buk, en la penumbra de la habitación, dispuesto a acabar con él, ve que no es su enemigo quien ocupa el camastro, atado y amordazado; es el guardián que dejó para vigilarlo.

—¡Tú aquí! ¿Dónde está Buk, canalla?

—Me atacaron los amigos de Buk, que huyó hacia el desfiladero — le contesta atemorizado.

Con rudeza le corta las ligaduras, y después de recriminarlo y amenazarlo, le dice que se esconda en el cercano arbolado, que Buk sin duda vendrá a buscarlo a la cabaña, y que apunte bien, pues si Buk sale vivo, él puede contarse como muerto.

En la diabólica mente del Lobato se ha fraguado otro plan; el bandido, ante la amenaza del Lobato y conociéndolo, apuntará bien y acabará con Buk, ya que éste llegará seguro a buscarlo a la cabaña y él mientras tanto irá a buscar a Paddy para llevársela consigo por las buenas o por las malas a las lejanas tierras que espera conquistar también.

Siguiendo su plan, llega al rancho de Paddy y allí le informa uno de los suyos que Paddy marchó al rancho de Jones, a donde se dirige.

Mientras esto sucede, Buk y Spikie llegan a la cabaña. La tarde cae y apenas se distingue. Con precaución, pues no saben qué emboscada pueden depararles, echan pie a tierra y se dirigen hacia la puerta. Un silencio impresionante acompaña sus pasos, ninguna luz. Nada delata la presencia de gente. Pero Buk, que le consta que el Lobato aquí vino y necesariamente tenía que encontrar al vencido guardián, presiente la emboscada. Un tiro que sale de la cercana arboleda está a punto de hacer blanco. Un salto y se parapetan tras una tapia. La partida está ganada. Falló el primer tiro y son dos hombres contra el atemorizado bandido, que todavía dispara nuevamente. Buk y Spikie disparan contra la arboleda y pronto un gemido les da cuenta que han dado en el blanco. Con precaución llegan a los árboles y en tierra, revolviéndose de dolor con un balazo que le atravisa el pecho, está el ovejero, que, viéndose

morir, explica a Buk todos los planes del Lobato y a dónde éste se ha dirigido. Queda Spikie para tratar de auxiliario y parte Buk nuevamente, veloz, con su compañero inseparable, que tantas veces le salvó la vida y tan buenos servicios le presta.

Al entrar el Lobato en el rancho de Jones, encuentra y sorprende a Paddy con el viejo Jones. La sorpresa y el terror se apoderan de la muchacha y del inútil viejo, que se revuelve en su sillón e intenta sacar un arma. El Lobato lo desarma y les dice: ,

—Jones, tu hijo y todos los demás han sido exterminados en el desfiladero; yo soy el amo de estas tierras que me quisisteis quitar. Hace muchos años que me odiáis, y yo también. Dame las llaves de tu caja, viejo Jones, si quieres vivir todavía sujeto a ese sillón. Y tú, Paddy, te vienes conmigo.

Jones intenta resistir a entregarle las llaves, y Paddy quiere alcanzar la puerta para pedir socorro, pero el Lobato fuertemente la atenaza con uno de sus brazos. Un estrépito de cristales rotos y cae sobre el cuerpo del traidor la corpulenta figura de Buk que ha llegado en momento adecuado para intervenir. Pero al ver el trato dado a Paddy, siguiendo los impulsos de su corazón, se ha lanzado como un torbellino a través de los cristales, y allí, ante los aterrorizados semblantes de la muchacha y del viejo, ruedan en apretado abrazo los dos rivales, que están llevando a cabo su última lucha:

de aquí sólo ha de salir vivo uno de los dos; la lucha es a muerte, ellos lo saben; no sólo es el odio el que los impulsa, sino el sentido del carácter definitivo de la lucha la que hace llevar a ésta un perfil singularmente dramático.

Sordamente crujen los huesos de los contendientes, mientras jadean sus pechos en un supremo esfuerzo; han salido al aire los dos revólveres de culata nacarada que antaño fueron del padre de Buk, antes unidos para un mismo fin, ahora rivales que pueden llevar la muerte a uno de los dos. Buk pierde su revólver y sus manos atenazan la garganta del Lobato que pierde sus fuerzas y en un último momento dispara su revólver y sobre el suelo de la habitación ruedan dos cuerpos.

El Lobato ha muerto ahogado por las potentes manos de Buk, que cae a su lado ensangrentado. A su lado, entre los dos cuerpos, separándolos, aún humea el revólver del Lobato. Paddy, dando un grito, se abalanza sobre el cuerpo de Buk, que la sonríe, y oye decirle:

—¡Buk, vida mía! ¡Te quiero! — en un arrebató de cariño.

Una lluvia de arroz cae sobre los alegres cuerpos de Paddy y Buk que salen de la iglesia y en sus rostros se transparenta la felicidad que los posee.

Entre el bullicio de los amigos se asoma la cara simpática de Spikie, que no disimula una lágrima sobre su

curtido rostro, que se enreda más abajo, en los grandes bigotes.

El coche los aleja del poblado, y vuelven a recorrer el camino que sus padres recorrieron, pero aquí no encuentran a ningún rostro que les mire con ira y que les amenace. El valle vive feliz, libre de la tutela del Lobato y de los suyos. todos sonríen al joven Buk, en quien ven su salvador.

Al llegar a su rancho, Buk y su esposa encuentran al viejo Jones pegado a su carrito, que los mira con intensa ternura.

—¡Hijos míos!, acabó la lucha, ya nunca más odios entre los Moore y los Jones; vuestras sangres se juntarán, como lo están también aquellas armas: Mirad.

Y levantando la vista vieron sobre la pared, juntos, los dos revólveres que después de tantos años y peripecias, dejaron de estar separados para unirse para siempre, como los corazones de Paddy y Buk.

FIN

Editadas

- * Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Tailor e Irene Dunne
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love
- * — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers
- * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana
- 8. *La tumba india* por La Jana
- 9. *Muñecos infernales*, por Lionel Barrymore
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers
- 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene
- 17. *Baile en el Metropol*, por Heinrich George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi
- 19. *El Rupto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen

* Agotadas

En preparación

Rosas Negras, por Lilian Harvey y Willy Fritsch
La Excéntrica, por May Robson
Caballería Ligera, por Marika Röck y Fritz Kampers

10 L

PUBLICACIONES CINEMA

Domicilio provisional :
PASEO SAN JUAN, 91
BARCELONA

N.º 20